

crímenes, se veía á los Papas que se sucedían y se presentaban unos en pos de otros como si fueran una misma persona y un solo hombre, llenos de igual constancia, de igual valor y de igual virtud, dando así una prueba de que la institución del Pontificado es una fuerza permanente contra todo mal y un valor inquebrantable para promover y proteger todo bien. Después del Papa León III, que vió morir á Carlo-Magno, aparecieron en la Cátedra apostólica San Pascual, San Nicolás I, San León IX, San Gregorio VII, y entre ellos otros hombres eminentes, llenos de ciencia, de inteligencia y de piedad. El Papa Silvestre II, de nación francés, se elevó como un faro en lo más espeso y tenebroso de esa noche terrible, aunque fecunda; el Papa San Gregorio VII, columna firmísima de la Iglesia y del mundo, puso término por sí mismo, y por medio de los que él había escogido para sucederle en la lucha por la libertad eclesiástica y por la observancia de la disciplina, á noche tan temible, llena de oscuridad y de confusión. Los Papas de esa época, en su conjunto, alcanzaron la victoria más grande que pudieran desear, cual era la de mantener la unidad de las inteligencias y el sembrar y preparar todo lo bueno, bello y grandioso que después de ellos se ha realizado durante ocho siglos en la sociedad. Bajo el pontificado de Gregorio VII puede decirse que el papado tomó posesión de la dirección de los reinos y naciones. Urbano II, su inmediato sucesor, celebró en Francia el concilio de Clermont, en donde, por su influencia y esfuerzo, se acordó

la primera cruzada. La noche desapareció gracias á los Papas, y el pueblo cristiano salió de ella bastante robusto para emprender este gran movimiento hacia el Oriente, cuya necesidad había sido ya prevista por los romanos Pontífices desde el tiempo de Carlos Martel, que fué cuando llegaron los musulmanes hasta Tours y estuvieron á punto de apoderarse de toda la tierra. Conviene, antes de pasar adelante, que nos detengamos algunos momentos más ante San Gregorio VII, grande entre los grandes Papas, y grande también entre los grandes hombres.

SAN GREGORIO VII.—LOS CÉSARES ALEMANES

Las luces tan abundantes de Roma, que inflamaron santamente á los reyes bárbaros, no fueron bastantes para calentar á los emperadores. Pasada á poder de los alemanes la dignidad imperial, se hizo ésta pagana, y los herederos de Carlo-Magno se conducían como si lo fueran del despotismo de un César. Ellos sostenían la absurda doctrina de que el imperio es el solo soberano, el solo propietario de todo el mundo y la ley viva de los príncipes y de los particulares. Ante sistema tan absorbente, la Iglesia quedaba bajo la acción de un juez. El César quería dar la investidura á los obispos y hacer los Papas, y apenas librado el Pontificado de las asechanzas nada nobles en que le habían envuelto los enemigos maliciosos de Roma, se vió precisado á luchar contra esta nueva é injusta pretensión del poder

secular. Felizmente, y con sorpresa del mundo entero, el papa salió del calabozo en que le tenía un Crescencio, y el emperador Enrique IV se encontró en presencia del monje Hildebrando, hombre salido de la nada y llegado á ser Gregorio VII.

Gregorio, con firmeza dogmática, dijo claramente al emperador que Dios es el solo soberano, y el Cristo, Hijo de Dios hecho hombre, que había sido investido de esa soberanía; que no hay potestad alguna en los hombres ni derecho alguno de mandar, sino la potestad y derecho que emanan de Dios por su Verbo, y, finalmente, que no hay otro intérprete infalible del Verbo más que la Iglesia católica, apostólica, romana. «Por lo tanto, añadió Gregorio, el emperador no tiene derecho para pretender establecerse como la ley viviente del mundo, y en vano sostiene tan ridícula y absurda pretensión, porque la conciencia de los pueblos católicos arranca de la Iglesia católica y no del poder secular. La Iglesia católica no abandonará á los pueblos, ni á sí misma, ni á Dios, sino que, por la voz autorizada de su Jefe y Pastor, decidirá y resolverá los casos de conciencia que ocurran entre los pueblos y los reyes.»

El Pontífice no tiene más defensa que su derecho, mientras que el emperador dispone de toda la fuerza humana. La lucha se plantea y se emprende, y era imposible que hubiera tenido valor bastante para aceptarla ningún otro que no hubiera sido el Papa. Éste la aceptó, porque los Pontífices saben que están puestos en este mundo para hacer lo imposible, cuando lo re-

clama el interés de las almas. Esa es la voluntad de Dios, y esa será también siempre su obra. Un Pontífice abre el combate contra toda esperanza de éxito favorable, le sigue otro después, sucédele un tercero, y, á falta de éste, aparece otro en su puesto. Las derrotas y desastres se acumulan, los tiempos corren, y al fin llega un día en que, muertos todos los héroes, da un traspié el vencedor, y viene á caer entre los cadáveres de los vencidos; y entonces el sucesor del último Pontífice mártir le tiende la mano para levantarle y para perdonarle.

San Gregorio tuvo, desde luego, á su favor la conciencia y la admiración del género humano; pero como los favores del pueblo son inconstantes y transitorios, y hoy los da y mañana los retira, el generoso y magnánimo Pontífice murió, por fin, en el destierro y se le reputó como vencido. Tuvo sucesores, como no podía ménos de tenerlos, en virtud de la infalible promesa hecha á San Pedro; y primero, antes de morir, designó cuatro para que de entre ellos se eligiera, y después designó tres, los cuales ocuparon la silla apostólica como sucesores legítimos después de San Gregorio. ¿Qué podrán, pues, hacer jamás la fuerza ni la sagacidad humana contra la divina Providencia, que suscita semejantes atletas, les concede valor y constancia y prolonga su vida y existencia por medios tan extraordinarios y tan abundantes? En realidad, el pontificado de San Gregorio VII duró desde San León IX, su primer protector y su primer discípulo, hasta el pontificado de Pascual II, que comprende un

período de setenta años. El mismo Pascual II tuvo sucesores llenos de igual espíritu, magnánimos, santos é incansables, los cuales, hasta Inocencio IV, resistieron á la guerra y esfuerzos de los Césares alemanes, y por fin abatieron, si no sus pretensiones, por lo ménos sus esperanzas.

Los Césares de Alemania no fueron soberanos de mediana ambición, sino que aspiraban al imperio del mundo, y la sola tolerancia ó mera conveniencia de los Papas se le hubiera dado. Cien años después de Enrique IV reinaba Federico Barbarroja, y á la sazón era Papa Adriano IV, hombre humilde, como Hildebrando, pues de niño pedía limosna á la puerta de un convento de monjes ingleses, y éstos le recogieron en él por caridad. ¿Quién había de sospechar que, bajo la pobreza y debilidad de ese niño tan inocente y tan tierno, estaba ya vivo y existente el gran obstáculo del imperio alemán? Habiendo sido proclamado Barbarroja emperador de Roma y del mundo, aspiraba á que este título tan pomposo no fuera sólo un mero nombre, sino una realidad, y con ese fin alcanzó una protesta de juristas de Bolonia en la que se enseñaba y se decidía que, efectivamente, el emperador, por derecho divino, tiene y ejerce dominio universal y absoluto sobre todo individuo, sobre todo pueblo y sobre toda ciudad. Adriano, elegido ya Papa, mandó á decir á ese emperador soberbio que fuese á prestarle homenaje, y quiso que al hacerlo tuviese las riendas de su caballo. Esta era entonces la costumbre legalmente establecida, y por ella se

daba á comprender al emperador que existía un derecho superior á su voluntad. Los juristas y, más todavía, los partidarios del cesarismo se enfurecían con sólo pensar en estas exigencias papales, porque á ellos convenía más ver en los emperadores la ley viviente, para tenerla ellos en sus manos y aplicarla y manejarla á su arbitrio. Las ciudades de Lombardía aplaudieron la resolución del Papa, y el emperador se dobló y sometió á ella. Más tarde, después de diez y ocho años de triunfos y victorias, y después de haber hecho un antipapa que no defendía las libertades de los lombardos, tuvo también que inclinarse Barbarroja delante de Alejandro III, un pobre anciano á quien la preponderancia imperial había arrojado de todas partes, arrasando las ciudades que permanecían fieles á su alianza. Luégo que el emperador se vió coronado y lleno de victorias, fué preciso despedir y despachar al antipapa, que seguía la corte, y llamar al Papa legítimo, que estaba fugitivo y desterrado. Se le buscó al efecto mucho tiempo, y el Papa rehusó entrar en tratos é inteligencias, á ménos que antes no admitiese el César el derecho de las ciudades á sus libertades. El César tenía necesidad de la paz, y por eso cedió. El papado había libertado la Iglesia y fundado las repúblicas italianas. Todavía no estaba concluída la lucha, porque se levantó al momento un nuevo César para ser dios, y se revistió de un carácter enteramente distinto. En el mundo nuevo que la Iglesia había formado con la doctrina evangélica, habían sido hasta entonces cristianos todos, hasta los

mismos enemigos. Federico II fué verdaderamente pagano, y de la peor especie, cual era la de la hipocresía. Pupilo y discípulo del gran Inocencio III, empezó Federico su encarnizada guerra contra la Iglesia y su traición á la cristiandad poniéndose antes de rodillas. Tomaba la cruz en sus manos, mientras que meditaba la ruina de Damietta, y al mismo tiempo que se proponía introducir en Europa el culto de Mahoma promulgaba leyes contra los herejes. Monstruosa figura y conjunto repugnante de ingratitude y de traición. Desleal, voluptuoso, vengativo, sufrido y lleno de seducción; mentiroso hasta el punto de arrojar la hipocresía para mentir más libremente; haciendo siempre juramentos, y siendo siempre perjuro; multiplicando tratados, sin jamás cumplir alguno; poderoso en fuerza de la misma notoriedad de sus estafas y de sus fraudes, y cuidando siempre de ser más temido que estimado, al mismo tiempo que transmitía á Italia la corrupción de las costumbres musulmanas; la inundaba de libros impíos. Sus cancillerías sostenían escritores que eran bastante sagaces y perversos para halagar todas las pasiones y para envenenar toda verdad, y él les mandaba difamar y envilecer todo aquello en cuya muerte y destrucción tenía él interés. Agobiaba á los soberanos con notas diplomáticas y con manifiestos, en los cuales aparecía como el defensor de los reyes, como el vengador de Dios y como el encargado de evitar que la Iglesia se perdiese, la cual estaba aplastada de riquezas y de poder, según decía él, y por eso quería el *místico* emperador descargarla de

un peso tan gravoso. «Cuando los Papas, decía él, llevaban una vida apostólica, entonces hablaban con los ángeles, curaban á los enfermos, resucitaban los muertos y sometían á los reyes, no por la fuerza de las armas, sino por su santidad.» Con este lenguaje, irónico á la vez que impío, se burlaba del Pontificado y le quitaba su legítima influencia en los pueblos formados por la Iglesia.

No en otro sentido escribía Federico al mismo San Luis, rey de Francia, pidiéndole su auxilio para librar á la Iglesia del peso de todo lo temporal, creyendo que así podría engañar la rectitud del monarca católico. Aspiraba á coger á todos en sus redes; y como todavía era joven, se sentía con valor para todo. Estando ya excomulgado por cuatro veces, había conseguido acabar con tres Pontífices; pero Inocencio III, librándose de sus tratados y de sus juramentos, lanzó sobre él la excomunión por quinta vez, y ante este Pontífice, despojado de todo, fugitivo y vencido, vió Federico estrellarse la insolente rueda de su fortuna.

Inocencio sostuvo el derecho anterior y superior del Pontificado contra las pretensiones ilegítimas del poder secular, y al efecto planteó netamente la cuestión tal como el papado, que no tiene por qué ocultar nada, la había siempre presentado ante la faz del mundo. Así, pues, dijo que el Cristo, verdadero rey y verdadero sacerdote, fundó en las manos del bienaventurado Pedro, no solamente el primado y la autoridad principal del sa-

cerdocio, sino también el principado real, y que le confió las riendas de los dos imperios. «Entonces fué abolida la tiranía, ese gobierno sin freno que antes era tan general sobre la tierra. Constantino le abdicó en las manos de la Iglesia, y en cambio recibió él de la misma Iglesia el título auténtico del poder cristiano.» Añade el Pontífice que el poder de la espada es originario de la Iglesia; y por eso, en la coronación de los emperadores, es la Iglesia quien les da la espada, y sólo ella tiene el derecho de decir: «Vuelve á meter la espada en la vaina.» Luego cuando el emperador, en vez de cortar la cizaña, corta los vástagos fértiles y hermosos, y, en lugar de proteger á los inocentes, protege á los malhechores, evidentemente prevarica y se separa del fin para que le está concedido su poder; y en semejantes casos, cuando, amonestado, no se enmienda, no es usurpación, sino caridad el quitarle la espada, con cuyo abuso pierde locamente al mundo y su propia alma. Tal era el lenguaje con que los mismos Papas decían la verdad á los emperadores, lenguaje lleno de dignidad y fundado en la justicia.

Además, el Papa hacía notar que Federico, que tanto abundaba en calumnias y falsedades acerca de los peligros con que la autoridad legítima y desarmada de la Iglesia amenazaba á los príncipes, tenía gran cuidado en guardar silencio sobre las pretensiones de los emperadores á la dominación universal. Este era el punto principal. Federico y sus abogados aduladores no daban á los demás príncipes más que el título de reyes *provincia-*

les, con lo que querían significar que en el mundo no había más que *provincias* del imperio. Los emperadores, no pudiendo conseguir que la Iglesia fuese cómplice y aliada suya para fines tan ambiciosos como injustos, querían á todo trance destruirla, á fin de que no fuera un obstáculo para su ambición. Entretanto los príncipes no se atrevieron á defender la Iglesia, que era la que los defendía á ellos, y el Papa no tenía más auxilio que el del partido de las libertades municipales de Italia, el cual, aunque débil é insignificante, fué, sin embargo, del que se sirvió Dios, en sus altos designios, para humillar al emperador apóstata. Éste se vió batido efectivamente por los ciudadanos de Parma, y poco después cayó bajo el brazo vengador, muriendo ahogado en su cama por un hijo suyo bastardo, según opinión de algunos historiadores, ó de muerte natural, según otros, permitida por Dios para atajar los males que un corazón tan hipócrita como perverso había causado á la Iglesia y á la sociedad. Ya antes de su muerte, la desgracia principió á moverse en torno suyo, pues perdió sus parientes, sus amigos y sus consejeros más íntimos. También se ha dicho que entre los fulgores de la cólera divina vió Federico tantos males como había hecho, y se arrepintió. Dios persiguió á su familia; y sus hijos, acusados de fratricidio, fueron muriendo, sin que quedase nada de su descendencia y de su nombre.

Así terminó ese gran episodio de la lucha entre el sacerdocio y el imperio, después de dos siglos completos. Durante

ese tiempo, el Pontificado había promovido las Cruzadas, vencido la herejía de los albigenses, aprobado y bendecido los institutos religiosos nacientes de San Francisco y Santo Domingo



Lámina 132.—El Cristo, de quien viene todo poder. (Los personajes coronados por El representan a Romano IV, emperador de Oriente, y a Eudoxia, su mujer.) Retablo en mármol, conmemorativo de la coronación, que data del año 1087, y se conserva en la Biblioteca nacional de París.

de Guzmán, multiplicado las universidades, fundado las repúblicas italianas, casi se había también librado enteramente de la tiranía de las repúblicas capitolinas, que conspiraban juntas con

los emperadores, y, en fin, había dirigido el trabajo de una civilización la más fecunda que jamás había tenido lugar en el mundo. Dios concedió al Pontificado alguna tregua de reposo y de paz, turbada, sin embargo, por los Césares de Bizancio.

Mientras que el Occidente llegaba á su edad viril, caía el Oriente en una postración de la cual no se ha levantado todavía. El Occidente cristiano obedecía al Papa, y el Oriente, cristiano también, al ménos en apariencia, obedecía al antipapa. Ese es el verdadero nombre que puede darse á los emperadores de Constantinopla, herederos de los emperadores romanos, que habían guardado el espíritu de Roma pagana. Su dominación se llama del Bajo-Imperio; pero eso no quiere decir que fuesen inferiores á los sucesores directos de César, de Tiberio y de otros. Al contrario, por más que estuviesen caídos, y por grande que fuera su abatimiento, siempre quedaban muy por encima y más elevados que ellos, y un resto de espíritu cristiano y hábitos cristianos que todavía les quedaban, así á ellos como á los que les rodeaban, eran los bastantes para mantenerlos á una altura relativa, adonde los antiguos dueños del mundo pagano jamás hubieran podido ni elevarse ni perseverar.

Había en Constantinopla un Patriarca, y había obispos en todo el Bajo-Imperio. Sobre aquellas sillas episcopales se habían sentado algunos santos no pocas veces; pero, desgraciadamente, la ambición humana reinó allí más frecuentemente y por más tiempo que la ley de Dios. El Patriarca de Constantinopla ne-

gaba el primado y la autoridad de la Cátedra de San Pedro, y llevado de sí mismo, ó más ordinariamente dominado por el orgullo y la ambición imperial, pretendía ser investido de dicho primado pontificio, lo que era un resto del equipaje del César llevado á la segunda Roma. Los sucesores de Constantino, sin atreverse jamás á honrarse con el soberano pontificado, pretendieron, sin embargo, ejercerle siempre, y esa vanidad pueril y sacrílega fué la que perdió al emperador de Oriente. Ella halagó á los patriarcas, á los obispos, al emperador y al pueblo, é hizo de la Iglesia de Oriente una cosa que no era la verdadera Iglesia, y que, por fin, se separó de ella; y al ocurrir esta ruptura, el emperador quedó de hecho un verdadero antipapa. De ahí resultaron luégo las persecuciones estúpidas y las quejas insensatas, y, por fin, una decadencia general, que bien pronto fué mortal.

Mientras que el Oriente, por una serie de errores y desaciertos, todos causados por un mismo principio, quiere destruir al Papa y se precipita bajo el yugo de los musulmanes, vengadores de su apostasía, Roma por el Pontificado principia las Cruzadas, ve nacer á San Bernardo, á Santo Domingo, San Francisco de Asís, al gran Papa Inocencio III, al gran Doctor Santo Tomás de Aquino y al gran rey de Francia San Luis. Esto sucedía en el siglo XIII, en el que resplandecían todas las ciencias, todas las artes, todas las virtudes y todas las grandezas.

En esta hermosa edad cristiana, en la que nada faltaba, ni el estudio, ni la abnegación, ni las empresas atrevidas, ni tampoco el martirio, dos figuras son las que sobresalen entre el número considerable de todas aquellas que pueden dar algún honor á la humanidad: tales son la figura de Francisco de Asís y la de San Luis, rey de Francia. Los dos son del pueblo de Jesucristo; ni el uno ni el otro pertenecen al sacerdocio, y ni uno ni otro han recibido grandes dotes de la naturaleza. Son simples y sencillos mortales, si bien enaltecidos por el Evangelio. Ellos alcanzaron por su fe la superabundancia de la misma fe, y por su fidelidad á esa superabundancia de fe alcanzaron el dón de los milagros y un honor inmortal en el primer rango de esta porción escogida de la humanidad que se compone de continuadores de los ejemplos y vida de Jesucristo.

San Francisco de Asís, de origen y condición humildes, mereció ser llamado el Serafín, y fundó uno de los institutos religiosos que existe todavía lleno de vida y ha sido el elemento principal de una de las mayores transformaciones que ha visto jamás el mundo. Antes de un siglo después de la muerte del santo fundador, había ya en la Iglesia católica cincuenta mil religiosos de su orden, procedentes de todos los rangos de la sociedad, de las clases proletarias y de las clases altas, que llevaban por todas partes la noticia del Evangelio é imitaban admirablemente la vida del Salvador. Se llamaban *Hermanos menores*, para denotar que se reputaban y querían ser tenidos

por los últimos de todos los hombres; y sus conventos, en los cuales se practicaban todas las virtudes, pero especialmente la humildad y la pobreza predicadas por ellos en toda la tierra, siendo muy pobres y recibiendo solamente de limosna el pan y el vestido necesarios para su subsistencia, llegaron á propagarse por todos los lugares, y á ser un albergue de pobres y unas fortalezas inexpugnables de la vida cristiana. Al mismo tiempo eran un modelo visible y práctico de la igualdad; y su pobreza era soportada con alegría y observada con perseverancia, y la igualdad era respetuosa y sabía preservarse igualmente del orgullo que de la bajeza y de la envidia. La fundación de los franciscanos y de los hermanos predicadores, de la esclarecida orden de Santo Domingo, contribuyeron poderosamente á destruir los restos de la esclavitud en los países paganos, pues en los iluminados por la doctrina de Jesucristo hacía ya mucho tiempo que no existía, con muy pocas excepciones.

En 1179, la opinión y el espíritu público estaban tan penetrados de la influencia del Evangelio, que el Papa Alejandro III pudo ya proclamar solemnemente que no debía haber más esclavos en las naciones cristianas; y algunos años después, una de las máximas de San Luis era esta palabra: *el franciscano coronado*, palabra conforme á la verdad y bastante significativa para hacer el elogio del gran rey de Francia y de todo su pueblo.

REINO DE SAN LUIS

Existieron hombres más científicos, legisladores más sabios, políticos más hábiles y guerreros más felices, aunque no más valientes, que San Luis, pero no hubo un rey más grande que él. Él fué quien fundó la monarquía cristiana y quiso ser el modelo acabado de ella. En su trono fué pobre, humilde, prudente, justo, lleno de bondad y generoso en sus sentimientos. Se sentía alrededor de él, como sucedía con Carlo-Magno, una santa emulación de piedad y de justicia. En las Pascuas y en el Año nuevo, los señores feudales, los gentiles-hombres y los caballeros de Marte se quedaban frecuentemente admirados de las exhortaciones que les dirigía, de los ejemplos que les daba, y penetrados algunas veces de un vivo sentimiento de religiosa humildad, se les vió conceder libertad incondicionalmente á sus siervos al mismo pié del altar donde el sacerdote de Cristo los admitía á recibir los santos sacramentos.

Bajo el reinado de San Luis se coronó la Francia de una gloria pura, fecunda é imperecedera. Por medio de los esfuerzos de Santo Domingo y del ejército cristiano puso fin á la herejía de los albigenses, que era el socialismo de aquella época; se engrandeció legitimamente con el condado de Tolosa, se organizó y robusteció en el orden y en la administración de justicia y se mantuvo gloriosamente á la cabeza de las nacio-